

## Doble moral

Carlos LARRINAGA  
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Algunos medios de comunicación estadounidenses vienen insistiendo en los últimos días en la doble moral de la Administración americana respecto del conflicto de Gaza. La gota que ha colmado el vaso ha sido el ataque del ejército israelí a una escuela gestionada por la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos (UNRWA) el pasado 30 de julio en la que murieron 19 personas y hubo un centenar de heridos. Lo llamativo es que dicha agresión se produjo en una de las treguas decretadas por el propio gobierno de Netanyahu, lo que resulta aún más injustificable. No es de extrañar, por tanto, que la mayor parte de la comunidad internacional lo haya condenado. La propia Casa Blanca ha considerado inaceptable una acción de estas características, para seguidamente impedir que el Consejo de Seguridad de la ONU tomase medida alguna en contra de Israel. Aunque no sólo eso, ya que Washington acaba de anunciar dos paquetes de ayuda militar a favor de Israel. Uno para seguir financiando el escudo anti-misiles Cúpula de hierro, con el que rechaza la inmensa mayoría de los cohetes lanzados por Hamás desde la Franja de Gaza, y otro de envío de munición con el que seguir masacrando a la población palestina de dicho territorio. Ciertos comentarios en privado de algunos dirigentes norteamericanos criticando la desmesura de la denominada operación "Margen protector" no encuentran su correlato en público. Más bien, todo lo contrario. Estados Unidos sigue insistiendo por activa y por pasiva en el derecho de Israel a ejercer su defensa, aunque eso suponga bombardear instalaciones de la ONU, hospitales o ambulancias. Ahí radica esa doble moral practicada por su ejecutivo.

Hay que recordar que cuando Obama accedió a la presidencia en 2009 se generaron grandes expectativas en todo el Próximo Oriente ante posibles avances en la resolución de un conflicto que lleva coleando desde la proclamación del Estado de Israel en 1948. Por lo que más tarde se pudo comprobar, esas esperanzas se frustraron pronto. El presidente, que durante la campaña electoral había sido acusado por algunos medios hebreos de pro-árabe e incluso de musulmán (por llamarse Barack Hussein), pronto volvió a mostrar al mundo que no estaba dispuesto a hacer grandes concesiones, apostando una vez más por la alianza inquebrantable con Israel. Incluso, pese a haber responsabilizado al propio gabinete israelí del fracaso de las negociaciones de paz con los palestinos impulsadas por el secretario de Estado John Kerry, la posición de los Estados Unidos permanece inamovible, por lo que el crédito de Obama en el Próximo Oriente es mínimo. Y es que no se puede pretender solucionar un problema entre dos partes si el supuesto árbitro está siempre de acuerdo con una de las partes en conflicto. Es por ello que la credibilidad de los Estados Unidos para la resolución del problema palestino-israelí está claramente entredicho. La doble moral que lleva utilizando no sólo ahora, sino a lo largo de este casi medio siglo de existencia del Estado de Israel, no ayuda en la conquista de la paz en una región cada vez más convulsa.

De hecho, en los años que lleva Obama de presidente estamos asistiendo a un deterioro cada vez mayor de la situación en el Próximo Oriente y en el mundo musulmán del Mediterráneo Oriental. Aparte de la herencia recibida de su predecesor, Bush hijo, en las crisis de Irak o Afganistán, lo cierto es que desde el estallido de las denominadas primaveras árabes, donde Estados Unidos quiso ver un proceso de democratización, las cosas no han hecho sino empeorar en la zona. Libia es un avispero abocado a graves hostilidades armadas en las que de momento no se ve solución alguna. Egipto se encuentra profundamente dividido desde el punto social y político tras tres años de sucesivos cambios de gobierno, golpe de Estado incluido, por no hablar de un deterioro económico notable. Siria lleva inmersa más de tres años en una guerra civil sin visos de alcanzar la paz y con el terrorismo yihadista habiéndose apropiado de una parte de su territorio. Irak prácticamente no existe ya: no sólo por la proclamación del Califato islámico en buena parte del país, sino porque el Kurdistán parece avanzar inexorablemente hacia la independencia, curiosamente con el apoyo de Israel. Por último, Afganistán sigue siendo objeto de numerosos ataques terroristas perpetrados por los talibanes. En fin, con semejante panorama no nos debe

extrañar que el prestigio de Obama en la zona esté por los suelos y que el riesgo de explosión en la región sea real. Nunca desde 1948 los países árabes se habían encontrado en un estado de debilidad y desestabilización tales. En definitiva, el balance de su actuación para pacificar y afianzar políticamente esta zona tan convulsa del mundo es desastroso.

Por consiguiente, resulta urgente que surjan nuevos actores en la comunidad internacional que traten de evitar que la situación empeore aún más, pretendiendo buscar soluciones globales, más allá incluso de la cuestión palestina. Hay agentes regionales que podrían jugar un papel importante, como serían los casos de Turquía, Egipto, Jordania e Irán. Poco podemos esperar de la Unión Europea, que, ante los sucesos de Gaza, permanece ciega y muda, como si no fuera con ella, preocupada únicamente de hacer seguidismo barato a los Estados Unidos en la cuestión de Ucrania. Parece mentira que Reino Unido y Francia no estén más comprometidos con una región en la históricamente han tenido un peso determinante, sobre todo, después de la Primera Guerra Mundial, cuando la Sociedad de Naciones puso bajo su responsabilidad los denominados mandatos (Siria y Líbano para Francia; Palestina e Irak para Reino Unido). Sería deseable una mayor implicación de estos estados en la resolución del problema. Lo mismo de España. ¿Acaso no se podría aprovechar el ascendiente del rey Juan Carlos en las monarquías árabes no sólo para lograr contratos para las grandes empresas españolas, sino también para tratar de solventar los problemas políticos de la región? Y, finalmente, es necesaria la participación de Rusia, con alianzas estratégicas con varios países de la zona, a pesar de que ahora algunos quieran ver en ella un apestado internacional. En conclusión, dejar en manos sólo de Estados Unidos los posibles avances hacia la estabilización de la zona hoy por hoy es inviable y ya se ha visto que es un fracaso, por lo que es necesario que otras naciones se impliquen decididamente en unos conflictos que amenazan muy seriamente con desestabilizar todo el Próximo Oriente.

1 de agosto de 2014